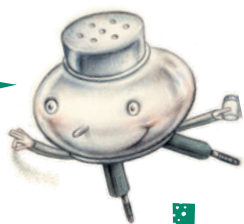


Ana Alonso

La herencia de Pedro

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2014

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2014
© De las ilustraciones: Jordi Vila Delclòs, 2014
© De las fotografías de cubierta: 123 RF/Quick Image
© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya (Martin, J.)
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
www.pizcadesal.es
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-678-6107-5
Depósito legal: M. 2455/2014
Impreso en España - Printed in Spain

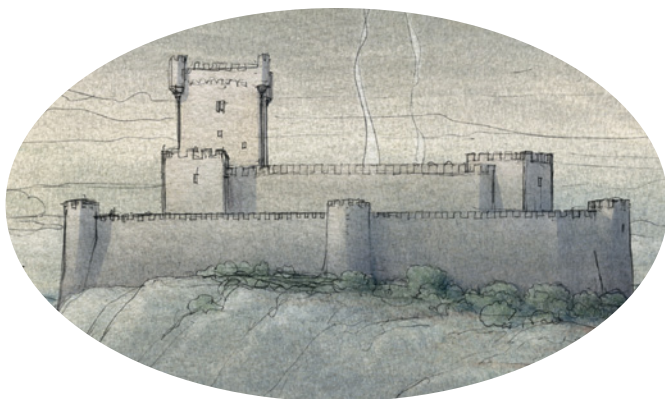
Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La herencia de Pedro

Ilustraciones
de Jordi Vila Delclòs



ANAYA

CAPÍTULO 1

—Hermano, levántate —susurró una voz en el oído de Pedro—. El abad te está esperando.

Pedro se frotó los ojos y miró a su alrededor, desorientado. A través de un ventanuco sin vidrios se filtraba el tenue resplandor de las estrellas, suficiente para distinguir los bultos de sus compañeros dormidos. Una sinfonía de respiraciones y ronquidos en diferentes tonos llenaba el dormitorio comunal.

De pie frente a la cama del muchacho, Eusebio, uno de los maestros de novicios, esperaba con gesto de impaciencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Pedro—. ¿Ya han tocado a Laudes? No he oído la campana...

—Todavía faltan más de tres horas para el amanecer —contestó Eusebio—. Vamos, cámbiate... Ponte el hábito más nuevo.

Pedro sacó de su pequeño baúl la menos gastada de las dos túnicas que poseía. El corazón le latía muy deprisa. ¿Por qué no despertaba Eusebio a los demás? Era muy raro...

Martín, el niño de la cama de al lado, se removió en sueños, inquieto.

—Vamos, o terminaremos despertando a todo el dormitorio —le apremió Eusebio—. Coge también el otro hábito, que aquí ya no vas a volver. Deprisa.

Salieron del dormitorio a la galería superior del claustro. Sus pasos resonaban apagados sobre las baldosas de piedra. Un pájaro solitario cantaba en el alero de algún tejado... Pedro tenía la sensación de estar caminando dentro de un sueño.

Bajaron por una escalera de caracol que comunicaba con las habitaciones privadas del abad. Pedro no había estado nunca en aquella parte del monasterio. La escalera conducía a una estancia abovedada con una recia mesa de madera de roble y un par de sillas claveteadas. Una vela ardía en un candelabro, y en la chimenea de piedra brillaban aún los rescoldos del fuego de la víspera.

El abad Nuño estaba en pie junto a la ventana, conversando en voz baja con un desconocido. Ambos se giraron hacia la puerta al oír a los recién llegados.

—Aquí lo tenéis —anunció don Nuño—. Os dije que no tardaría, no es un muchacho perezoso. Tiene mucha inventiva, y una imaginación desbordante, eso sí; pero, por lo demás, habría sido un excelente monje. Y es muy hábil con la pluma. Estaba aprendiendo a ilustrar los códices con dibujos miniados, una labor muy delicada... En fin. Los hermanos copistas lo echarán de menos.



—¿Sabe escribir? ¿En latín? —preguntó el desconocido arrugando la nariz, como si de repente le hubiese asaltado un olor pestilente.

El abad se echó a reír.

—Esto es un monasterio, amigo mío, y lleva con nosotros desde los siete años —explicó—. Pero no os preocupéis, saber escribir no le hará daño.

El otro se inclinó con respeto.

—Decís bien, don Nuño. Es que no conozco a ningún señor que escriba latín, pero eso no quiere decir que no pueda haberlo.

El abad miró a Eusebio.

—Despertad a Isidro, el muchacho de las cocinas —ordenó—. Que prepare una hogaza, medio queso y algo de carne en salazón para el viaje. Y luego, si no os importa, id al *scriptorium* y traed el manuscrito que estaba copiando el hermano Pedro.

Eusebio se inclinó levemente y salió de la estancia presuroso.

—Apenas estaba empezando con ese manuscrito —se atrevió a decir el chico—. Media docena de páginas tenía...

El abad miró a Pedro a los ojos por primera vez desde su llegada.

—Quiero que te las llesves contigo, para que tengas un recuerdo de tu vida aquí —dijo, con una sombra de sonrisa en los labios—. Dentro de unos años, cuando estés en tu nuevo hogar, en una noche de invierno saca



esos pergaminos y míralos, hijo, y recuerda los años que pasaste con nosotros... Este ha sido tu hogar durante mucho tiempo.

—¿Y va a dejar de serlo? Pero no entiendo. Yo no tengo ningún otro sitio adonde ir. Sabéis que mi padre murió antes de nacer yo, que también perdí a mi madre... El monasterio de San Pedro es mi casa. Además, me gusta esta vida. No quiero irme de aquí.

—El Señor te ha llamado por otro camino, según parece —dijo el abad, y dejó escapar un breve suspiro—. Sus designios, a veces, son difíciles de entender para nosotros, pero debemos aceptarlos. Acompaña a este hombre y haz cuanto te diga. Se llama Tomás, y viene de parte de don Alonso de Nora.

—¿Quién es ese caballero? No lo conozco.

—Un noble señor con amplias propiedades al sur del río Duero, vasallo de nuestro rey Alfonso de León. Nunca lo he visto personalmente, pero su nombre me suena de una de las últimas campañas de Su Majestad, creo que fue hace dos veranos. Él y otros caballeros lograron defender con éxito un par de plazas en tierras de frontera que Alfonso de Castilla reclamaba como suyas. Don Alonso de Nora se distinguió especialmente, poniéndose al frente de la caballería del rey para cargar contra las tropas enemigas y distraerlas durante más de una hora, hasta que llegaron los refuerzos. Sí, recuerdo que el abad de Sahagún me relató sus hazañas con gran entusiasmo.

—Pero ¿de qué me conoce? ¿Por qué envía a buscarme? Nunca en mi vida había oído su nombre, y desde luego no es pariente mío.

—Él podrá responder a esas preguntas mucho mejor que yo cuando llegues a sus tierras. Pero tenéis un largo viaje por delante, y según me dice Tomás, el tiempo apremia. Buena suerte, Pedro. Que el Señor te acompañe y te guíe. No nos olvides.

—Pero eso significa... ¿Cuánto tiempo estaré fuera, don Nuño?

El abad y aquel hombre al que había llamado Tomás cruzaron una mirada. Luego, don Nuño puso una mano en el hombro de Pedro.

—Mucho tiempo, hijo —contestó con una sonrisa triste—. Lo más probable es que no regreses nunca a



San Pedro de Montes. Pero no temas nada, lo que te aguarda no es malo. La mayoría de tus compañeros se sentirían afortunados de estar en tu lugar.

—Y más adelante, cuando todo esté arreglado, podréis hacer alguna donación a esta santa casa que tanto significa para vos —apuntó Tomás—. Así no os olvidarán del todo.

El abad miró al hombre con el ceño fruncido, pero Pedro no advirtió el gesto.

—¿Y yo que voy a donar, si no tengo nada? —dijo—. A no ser que...

No terminó la frase, porque en ese momento regresó Eusebio con todo lo que el abad le había pedido.

—He puesto también una garrafa de vino, don Nuño. Que en estas fechas a veces vienen muy turbios los arroyos y es peligroso beber agua. Los pergaminos los he protegido como he podido con estas telas, pero si tenéis un baúl de madera, buen hombre, irían mejor protegidos. Creo que no se me ha olvidado nada...

—Pronto amanecerá —dijo Tomás—. Deberíamos partir antes de que los monjes se levanten. Gracias por todas vuestras atenciones, y gracias también en nombre de don Alonso por vuestra buena disposición.

—Que tengáis buen viaje y que el Señor os proteja —dijo don Nuño—. Id con Dios...

Pedro hizo una reverencia, mientras luchaba por contener las lágrimas que habían comenzado a aflorar a sus ojos. De buena gana le habría dado un abrazo a

don Nuño, pero se contuvo. Al abad no le gustaban las expresiones mundanas de afecto dentro de los muros de su monasterio.

Sin embargo, Pedro habría jurado que la voz le temblaba a don Nuño cuando pronunció sus palabras de despedida. Quizá, a pesar de su poder dentro del monasterio y del escaso contacto que mantenía a diario con los más jóvenes de la comunidad, él también le echase de menos. Al fin y al cabo, lo había acogido cuando no tenía más que siete años, y él personalmente le había secado las lágrimas una de las primeras noches que había pasado en San Pedro de Montes, cuando no podía dormir y despertaba a todos con sus llantos, llamando a su madre.

Don Nuño era lo más parecido a un padre que había tenido en su vida...

Nunca olvidaría su rostro de anciano sabio y curtido en mil batallas, por mucho tiempo que pasara.

La herencia de Pedro

En plena Edad Media, Pedro es un muchacho huérfano, que ha crecido en un monasterio y no sabe nada del mundo. Pero su destino cambia bruscamente cuando se ve obligado a abandonar la abadía para convertirse en caballero.

El problema es que no está seguro de servir para el oficio de las armas... Sin embargo, con la ayuda de la valerosa Mencía y de un juglar llamado Iván, al final demostrará que es capaz de adaptarse a su nueva vida.

Con este libro aprenderás...

Acerca de la sociedad, la vida y las costumbres en la Edad Media.



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 10 años



1589032